



I

LOS PADRES

Amenhotep y Tiye







1

Concepción divina

Sus ojos observan todo cuanto la alcoba contiene, iluminada por la luz de la luna que entra por una ventana situada a una altura considerable del suelo. En un rincón, una caja de madera con incrustaciones sostenida por altas patas guarda la peluca de delgadas trenzas de cabello humano que la esposa real ha llevado puesta ese mismo día. Descansa al lado de otras no menos elaboradas. En otro rincón, unos pies de madera sostienen grandes tinajas cuya superficie encalada hace destacar las guirnaldas azules de capullos de loto que tienen pintadas a su alrededor. A través de la cortina de lino vaporoso que envuelve el dosel dorado casi en el centro de la estancia, vislumbra a Mutemuia y la sábana de lino fino que a duras penas oculta las formas de la reina, tendida en una cama de ébano, cuyos soportes han sido construidos en forma de patas de león.

Mutemuia se revuelve, levantando la cabeza del soporte de madera dorada situado al lado del colchón. Un rayo de luz ilumina la bandada de palomas que vuela sobre su cabeza, el pintor ha capturado el momento en el que se cruzan sus alas de color azul pálido. Apartando la cortina, Mutemuia ve a su marido, el príncipe Tutmosis. El aroma omnipresente a incienso, los olores de la tierra de los dioses, le abruma los sentidos. Despierta ya por completo, repara en que la figura que tiene de pie ante ella



no es su esposo ni ningún otro ser humano, sino Amón-Ra, el soberano de los dioses.

Despojándose de su forma externa como príncipe Tutmosis, el dios avanza hacia la reina con la piel dorada refulgente como si emitiera luz propia. Lo que ve la reina es una efigie que parece haber descendido de la superficie de uno de los muros que ella frecuenta. Amón-Ra lleva un falde-lín blanco plisado que le cae recto hasta las rodillas. Una coraza cubre su pecho; en ella se superponen turquesas, piezas de lapislázuli y cornalina, enmarcadas en oro y dispuestas como las plumas de un halcón divino. Los vivos tonos rojos y azules de la armadura divina casan con las bandas enjoadas de su pectoral y los brazaletes de sus muñecas. De su barbilla sale una barba de lapislázuli de color azul intenso cuya prominencia se ve equilibrada por las dos plumas de avestruz que rematan su corona.

Mutemuia se regocija en la perfección de aquel dios de piel dorada, el amor le recorre las extremidades y el aroma divino inunda todo el palacio. De pronto, las paredes de la alcoba dejan de existir cuando dos diosas elevan a Mutemuia y a Amón-Ra por encima del reino terrenal para posarlos en el firmamento. Él alza un *anj*, símbolo de vida, hasta la nariz de la reina y le revela el propósito de aquella visita nocturna:

—Amenhotep, señor de Uaset, es el nombre del hijo que he puesto en tu vientre. Gobernará como un rey poderoso toda esta tierra. Sea con él mi poder. Sea con él mi fuerza.¹

Acaba de ser engendrado el tercer rey egipcio que lleva el nombre de Amenhotep, «Amón está satisfecho».

LUXOR (EGIPTO)

Por las estrechas ventanillas del Airbus A-220, vemos los rayos del sol poniente transformar el Nilo en una cinta de luz. Nuestro vuelo de la Egyptair ha empezado a descender hacia el aeropuerto internacional de Luxor



tras salvar los quinientos kilómetros que lo separan de El Cairo. El aparato, que lleva en el estabilizador vertical el elegante logo que representa la cabeza de halcón del dios Horus, rodará sobre la pista situada al borde del desierto. La animada ciudad moderna de Luxor es la última de una serie de reencarnaciones urbanas que han existido en este mismo sitio, más o menos, en los últimos cuatro milenios y medio. La que para los egipcios de entonces fue Uaset y para los griegos Tebas era una de las ciudades más grandes del mundo antiguo, condición que no desmerece del significado del primero de estos nombres: «la que domina».

El Nilo dividía Uaset en dos mitades, la oriental y la occidental, y, vistos desde arriba, algunos de los monumentos antiguos de la ciudad siguen siendo fáciles de reconocer. Las casas y los palacios del Uaset de la época, en cuya construcción predominaba el adobe, se encuentran en su mayoría enterrados bajo edificios, calles y campos modernos, de modo que bajo los pies de los habitantes de Luxor yacen invisibles miles de años de historia. En cambio, los grandes templos de piedra siguen en pie, muchos de ellos maltrechos, pero algunos casi tan enteros como cuando se erigieron por primera vez, desafiando gloriosos los omnívoros colmillos del tiempo.

Dentro de uno de ellos, al que hoy damos el nombre de Luxor, como la ciudad que lo alberga, el rey Amenhotep III dejó constancia de cómo su madre, la reina Mutemuia, fue fecundada por el dios Amón-Ra. La concepción de Amenhotep III, el padre de Akenatón, constituye un buen punto de partida para acercarnos a las vidas tanto de este último como de Nefertiti. La presentación mítica de este acontecimiento dice mucho de la divinidad del rey, de la función de las mujeres reales y de la posición de Amón-Ra en lo más alto del panteón.

El aeropuerto moderno de la ciudad se encuentra al noreste del antiguo asentamiento, cerca de una serie de cañones secos y desiertos por los que en otro tiempo transitaban caravanas. Salimos al vestíbulo de llegadas y nos encontramos con Abdu Abdullâh Ḥassân, uno de nuestros más



viejos amigos, cuya experiencia en la intendencia de las expediciones arqueológicas resulta esencial para nuestra labor desde hace décadas. Estamos a comienzos de la campaña invernal de nuestro trabajo de campo, en la que, durante un mes aproximado, inventariaremos junto con nuestros colegas obras de arte e inscripciones antiguas en piedra, algunas de casi seis mil años de antigüedad, excavaremos yacimientos que se encuentran en el desierto y fueron construidos hace mil quinientos años, fecha reciente en comparación, y determinaremos la ruta que seguían las antiguas caravanas.

Subimos el equipaje a uno de nuestros viejos Land Rover Serie III y, poco después, nos encontramos recorriendo con él una carretera que nos lleva al oeste, en dirección al Nilo, a medida que recula el crepúsculo para dar paso a la noche. Poco antes de llegar al río, giramos hacia el sur y pasamos al lado de extensas excavaciones que han dejado al descubierto numerosos restos de una antigua ruta procesional, pavimentada con largas losas y flanqueadas por hileras aparentemente interminables de esfinges que comunican los templos de Karnak, al norte, y Luxor, al sur.

La entrada monumental de este último destaca en el horizonte. Las dos torres del pilono tienen una altura de casi veinticuatro metros y brindan un telón de fondo rocoso a un conjunto de estatuas colosales de doce metros. De noche, un foco ilumina un obelisco solitario situado delante de la torre oriental, un monolito de veinticinco metros del suelo a la cúspide. Los jeroglíficos están grabados en el granito con tal nitidez que, a su luz artificial, se dirían tallados con láser más que con cinceles de bronce. Este obelisco se encuentra viudo desde 1831. Su pareja es hoy la atracción central de la place de la Concorde de París y proclama —como muchos de sus compañeros ubicados en ciudades que van de Estambul a Nueva York— la gloria del antiguo Egipto en tierras que se extienden mucho más allá de los dominios que llegaron a conocer los faraones.

Un paseo por el templo de Luxor es un viaje en el tiempo en diversos sentidos. Para sus antiguos fundadores, este edificio sagrado era Ipet-re-

sut, «la residencia privada del sur», pues contaba con su pareja en un Ipet del norte en Iunu, la ciudad del dios sol Ra (hoy parte de El Cairo actual). Las esfinges de la avenida procesional que conecta el templo de Karnak (el antiguo Ipet-sut o «lugar selecto») con el de Luxor son bastante más jóvenes, pues datan de algo más tarde de 400 a. C. La fachada del pilono de Ipet-resut y el primer atrio del conjunto se construyeron unos nueve siglos antes que aquel largo pasillo de esfinges. Cruzamos el atrio hacia el extremo meridional de aquel espacio abierto rodeado de columnas y estatuas, donde se yerguen otros dos colosos del longevo faraón Ramsés II sentados a sendos lados de la entrada dañada —otrota altísima, aunque aún imponente— de una estancia alargada.

Amenhotep III empezó la construcción de esta última, la sala hipóstila, hacia el fin de su reinado y no vivió para ver sus muros decorados por completo, labor que, en su mayor parte, habría de completar su nieto Tutankamón. Tallados en las paredes hay sacerdotes que acarrear sobre los hombros las barcas doradas y enjoyadas de los dioses; hileras de soldados que tiran con sirgas de sus grandes embarcaciones fluviales mientras cantan himnos de alabanza al rey; mujeres que ejecutan danzas acrobáticas; carniceros que van de un lado a otro con sus ofrendas, y asistentes sacerdotales que hacen libaciones con vino, elementos todos necesarios para los interminables ágapes divinos. En el silencio relativo en que se encuentra sumido el templo esta fresca noche de invierno, casi parece escucharse el sonido de tan estrepitosas celebraciones, casi alcanza el oído a percibir los cantos de alabanza.

La sala hipóstila conduce, hacia el sur, a otro atrio rodeado de docenas de columnas elegantes en forma de manojos de papiros que potencian sus espaciosas proporciones. Ahora destaca en todas partes el nombre de un rey: Amenhotep III. La magnificencia de la sala hipóstila y el ancho atrio dan paso aquí a los patios y estancias menores que forman la porción interior del templo. Lo que en otro tiempo fue una puerta de acceso a esta parte trasera quedó cerrado por un nicho curvo cuando los romanos in-

corporaron el templo a una fortaleza y transformaron la sala en un santuario imperial. Los emperadores romanos se habían erigido en reyes de Egipto, pero el templo de Luxor, el lugar en que los rituales confirmaban el *estatus* del faraón como hijo de Amón, siguió en pie como lo había hecho durante más de quince siglos.

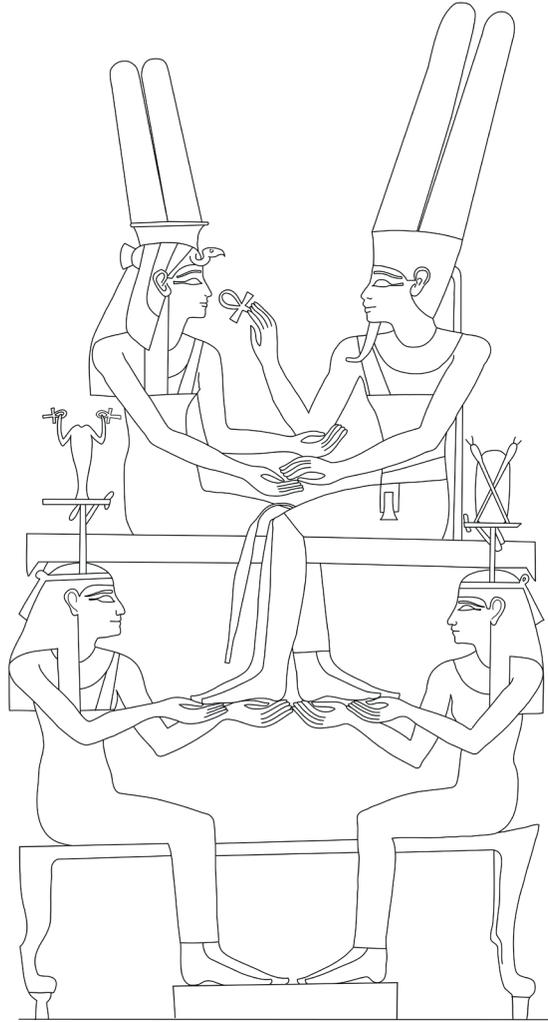
Pasamos por una estrecha abertura practicada en época relativamente reciente en el nicho que albergó en tiempos los estandartes de las legiones. Delante tenemos el santuario central de la barca de Amón, el lugar en el que descansaba la estatua del dios en su embarcación ceremonial, foco de constantes ofrendas de ramos gigantes de flores, vino y agua, verduras de toda clase y las carnes más selectas. En lugar de seguir cruzando el santuario, pasamos por una puerta situada a la izquierda, doblamos de nuevo a la izquierda y entramos en el lugar que nos ha llevado a visitar el templo: la sala en la que Amenhotep III dejó constancia de su propia concepción divina.

En su origen, la decoración del bajorrelieve estaba pintada de intensos tonos de azul, amarillo, rojo y verde sobre un fondo gris azulado. Aunque los colores han desaparecido casi por completo, las figuras siguen revelando una exposición por escenas de la herencia divina de Amenhotep. A la mitad de la pared, casi a la altura de los ojos, está representado el momento en que Amón fecunda a la reina. «La majestad de este dios —anuncian los jeroglíficos— gozó de ella cuanto quiso.»²

Entre las aclaraciones que ofrecen los jeroglíficos están tallados en gran tamaño Amón y Mutemuia durante la noche de la concepción. Sostenidos en alto por dos deidades femeninas, el dios y la reina están sentados cara a cara sobre un rectángulo delgado que no es un mueble ni, de hecho, ningún otro objeto físico, sino un jeroglífico en el que se lee la palabra *cielo*, una forma sencilla que catapulta el encuentro hacia una esfera celestial.

La única expresión evidente de intimidad que se percibe entre el dios y la reina es que se están cogiendo de las manos. Los dedos de Amón ape-

Concepción divina



Concepción de Amenhotep III: Mutemwia y Amón se ven elevados a los cielos por dos dioses (dibujo de una escena de la cámara del divino alumbramiento, templo de Luxor).

nas tocan la palma de la mano de Mutemwia, vuelta hacia arriba. Con todo, los egipcios de la época no pasarían por alto las connotaciones eróticas del modo como las piernas de la divinidad se superponen a las de

Mutemuia, de cómo ella sostiene el codo de él con la mano que le queda libre ni de la manera en que él sostiene ante el rostro de ella el jeroglífico de la «vida», el signo del *anj*. En combinación con la explícita descripción del texto que la envuelve, la escena posee una evidente naturaleza sexual.

El jeroglífico señala que la alcoba en la que tenemos que imaginar que ocurre la concepción divina del rey se encuentra en el interior del palacio, si bien omite en qué lugar de Egipto. Los faraones poseían numerosas residencias que ocupaban siguiendo los dictados de los asuntos religiosos y estatales. La noche en que el príncipe Tutmosis, quien más tarde se convertiría en el cuarto rey con dicho nombre, concibió a su heredero no se documentó hasta después de que subiera al trono real Amenhotep III. Por tanto, apenas nos es dado conjeturar en qué momento ocurrió o cuál era la ubicación de la alcoba. Si Mutemuia acompañaba a su esposo en los viajes que emprendía para cazar y hacer ejercicio en el norte, podría ser que pasaran sus noches en un palacete cercano a las pirámides de Guiza (antigua Rosetau) o en uno más grande de Men-nefer (que los griegos llamaron Menfis), a quince kilómetros de allí. Casi quinientos más al sur se hallaba Uaset, que podía presumir de varios palacios, residencias reales que se ocupaban durante las festividades anuales celebradas con ocasión del traslado de Amón entre los diversos templos de la ciudad.

Tutmosis IV y Mutemuia podrían haber concebido también al futuro Amenhotep III en otro palacio situado a poco menos de cien kilómetros al sur de El Cairo moderno, en la vega fértil de El Fayún, cerca de un vasto lago alimentado por un brazo del Nilo. Aquella era una de las tierras de caza favoritas del rey, y la residencia de que disponía en ellas resaltaba la belleza del idílico entorno. El palacio de Meruer, que recibía el nombre del «gran canal» cercano, cumplía la función específica de residencia de las mujeres de la familia real. Hablar de mujeres y de palacio lleva a pensar de inmediato en el harén, la zona prohibida del palacio otomano en la que se confinaba de forma estricta a esposas y consortes, sin más intermediarios con el mundo exterior que los eunucos. Por desgracia, pese a que sobran



los testimonios de que en el antiguo Egipto no existía semejante institución —incluida la ausencia de eunucos como clase cortesana o grupo profesional—, es normal que se le aplique el término, lo que solo sirve para distorsionar la imagen que tenemos de lo que suponía ser faraón o reina.

Más que un lugar destinado al control sexual de las mujeres de la realeza, el palacio de Meruer era indicativo del poder económico de sus ocupantes. La reina poseía extensas haciendas y supervisaba una administración, terrenos y numerosos empleados. En vida de Tutmosis IV, Mutemuia no era la reina principal, la «gran esposa del rey», título que solo le otorgaría retrospectivamente su hijo, Amenhotep III.

Dentro de la cámara del divino alumbramiento del templo de Luxor, vemos a Mutemuia llevada con ceremonia ante diversas divinidades. Después de verse encinta por obra de Amón-Ra, consulta al dios de cabeza de carnero Jnum, quien lleva a cabo el acto físico de la creación. Él da forma al recién concebido Amenhotep III con la ayuda de un torno de alfarero y un trozo de arcilla que se convierte así en el futuro rey, más perfecto incluso que todos los dioses.

Estando Jnum sentado ante su torno, vemos el fruto de su labor: dos niños idénticos cuya juventud ponen de relieve su desnudez y su peinado, pues cada uno luce un único mechón de pelo trenzado. Uno es el cuerpo físico del chiquillo que devendrá Amenhotep III, y el otro, el *ka* («espíritu») del futuro rey. El *ka* es uno de los distintos componentes del individuo que trascienden el mundo corpóreo. El *ka* se representa en escritura jeroglífica como un par de brazos abiertos que abrazan y, según las creencias, su fuerza espiritual se transmitía de padre a hijo. El rey poseía un *ka* especial, un alma que constituía la esencia de su condición de soberano, concedida por el mismísimo dios Amón.

Jnum proclama por encima de las imágenes del joven monarca y su *ka* el sino majestuoso del futuro Amenhotep III: «¡Serás el rey de la Tierra Negra, soberano de la Tierra Roja!».³ La Tierra Negra o Kemet era el nombre antiguo que se daba a la franja de fértil limo que las crecidas anuales



depositaban en las márgenes del río Nilo. La Tierra Roja o Desheret abarcaba la alta meseta desértica situada al este y al oeste del río y partida en dos por el valle del Nilo. Estas desoladas extensiones de arena y piedra constituían, en cierto grado, una barrera natural que protegía el valle. No menos importante era su condición de fuente de la que procedía la vasta riqueza mineral de Egipto y región por la que transitaban las concurridas rutas comerciales. Si la Tierra Negra hacía que Egipto fuese abundante en alimento, la Tierra Roja lo hacía rico en oro, gemas, plumas de avestruz, pieles de leopardo, incienso y toda una miríada de otros productos. El dictado de Jnum augura a Amenhotep el dominio sobre una tierra bien nutrida y repleta de espléndidos monumentos, una tierra en paz situada en un exuberante paraíso terrenal, y sobre sus territorios desiertos.

Entonces llega el momento de que Thot, el dios de cabeza de ibis, señor de la escritura, anuncie que Amón se siente satisfecho con la reina Mutemuia, cuyo vientre alberga ahora al futuro rey de Egipto. Los relieves del templo muestran el cuerpo transformado de la reina, su abdomen abultado, si bien muy tenuemente, por la presencia de su hijo. Esta es una de las escasas representaciones del embarazo humano normal que nos han brindado tres mil años de arte egipcio antiguo. Para el alumbramiento propiamente dicho, Mutemuia se encuentra sentada en un trono y rodeada por más de una veintena de deidades. Las diosas que le sostienen los brazos extendidos nos indican que Mutemuia no está sentada sin más, sino dando a luz. En realidad, lo más probable es que, como la mayoría de las egipcias de la época, hubiese parido a su hijo en cuclillas sobre cuatro ladrillos decorados.

Tras el alumbramiento, presentan al príncipe ante Amón, quien tiende los brazos para abrazar a su hijo. Los brazos de Amón imitan los del jeroglífico *ka* y, de hecho, justo detrás del Amenhotep niño se encuentra su propio *ka*, su gemelo, en brazos de Horus, el de la cabeza de halcón, molde divino del faraón terrenal. Los dos chiquillos se están chupando el índice (y no el pulgar), costumbre que, al parecer, resultaba tan común



entre los pequeños egipcios que en una época temprana se transformó en un aspecto definidor del jeroglífico que significaba «niño».

Los gemelos constituyen aquí un concepto visual que remite a la posesión por parte de Amenhotep del *ka* real. En este instante, el niño y su *ka* se han hecho ya un solo ser destinado a gobernar Egipto, tal como proclama Amón:

Hijo mío de mi cuerpo, amado mío, Nebmaatra, a quien hice carne de mi carne en palacio: te he otorgado toda vida y todo dominio, con lo que (ya) te has mostrado glorioso como rey del Alto y el Bajo Egipto en el trono de Horus. Que tu corazón sea dichoso y lo sea también (el de) tu *ka*, como Ra.⁴

El texto pone de relieve que el rey, a quien aquí se nombra por la denominación de Nebmaatra, recibida en su coronación, es uno («carne de mi carne») con el dios o, lo que es lo mismo, literalmente, su encarnación en la tierra. La unión, sagrada y sexual, de Amón y de la reina ha sembrado en el vientre de esta tanto la forma física del siguiente rey de Egipto como su *ka*, el espíritu mismo de la realeza. Los textos nos dicen que Amenhotep, poseído por el *ka* regio, «gobernará cuanto abarca el disco solar», frase habitual de los textos reales que describe al soberano como señor de todo lo que existe en los dominios que baña el sol.⁵ Aquí, los antiguos egipcios emplearon la palabra que solía usarse para designar el disco solar: *atón*. Cuando el *ka* regio pasó de Amenhotep III a su hijo, Amenhotep IV, *atón* dejó de ser el círculo del sol sin más para convertirse en Atón, el dios único, padre y madre de toda la creación. Poco después de aquel traspaso del *ka* real, Atón eclipsaría a todas las demás divinidades de Egipto.

De pie en la sala del divino alumbramiento del templo de Luxor, vemos expuesto ante nuestros ojos el sostén teológico de la realeza egipcia. En cuanto mediador físico entre este mundo y el reino divino, el monarca poseía una condición única entre todas las gentes. Era el hijo del dios Amón, destinado a gobernar Egipto y —al menos en teoría— las demás



tierras que se ven acariciadas por los rayos del sol. La historia de la concepción y el nacimiento de Amenhotep III, no obstante, distaba mucho de ser exclusiva de este, quien, de hecho, había copiado, imagen a imagen, palabra por palabra —cambiando solamente los nombres—, el tratado del alumbramiento divino de Hatshepsut, que ejerció su gobierno en calidad de reina-faraón. Es más: aunque estas escenas y estos textos se preservaron por vez primera durante el reinado de Hatshepsut, la idea subyacente a su historia tampoco debió de ser invención suya, sino que probablemente tenía al menos seis siglos de antigüedad.

Después de treinta años en el trono, Amenhotep III basó en tal abo- ligo divino su transformación personal de hijo del dios solar a encarnación terrenal de la divinidad. El rey no hizo solo este viaje, sino que tuvo a su lado a la gran esposa real, Tiye, mujer de importancia decisiva en todos los aspectos del reinado de su marido. Fue la madre del siguiente soberano, Amenhotep IV, y, antes de la muerte de su esposo, se convirtió en la diosa reinante.